

A romantic couple is shown in profile, embracing and looking at each other. They are wearing winter jackets. The background is a dark night scene with colorful bokeh lights in shades of blue, green, and orange, suggesting a festive or outdoor setting. The overall mood is intimate and magical.

# LA MAGIA DE AQUEL DÍA

CLARA ÁLBORI

# ÍNDICE

## *Dedicatoria*

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Epílogo

*Nota de la autora*  
*Agradecimientos*  
*Biografía*  
*Créditos*

**Te damos las gracias por adquirir este EBOOK**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

**PlanetadeLibros.com**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*A Wanda,  
porque puede que la vida sea muy oscura,  
pero, tarde o temprano, aparecerá  
una persona que hará salir el sol.*

# PRÓLOGO

26 de septiembre de 2007

Las luces de las sirenas de los coches de policía junto a las de ambulancias y bomberos eran lo único que iluminaba la oscura carretera. Un chico de dieciséis años había robado un vehículo para ir a una fiesta que se organizaba en un descampado a las afueras de la ciudad, donde solo a alcohol y drogas se olía, además de a sudor y sexo.

Un camión con la parte trasera aplastada y un coche doblado por la mitad con charcos de sangre a su alrededor eran el centro de atención de todas las personas que se encontraban allí. El tráfico había sido cortado, pero los conductores más curiosos se detenían y hasta bajaban para ver lo que había sucedido; ante la imagen que se mostraba, muchos continuaron su camino.

Pero en la carretera había un tercer vehículo que había colisionado con un pequeño muro al esquivar al camión, lo que le había producido una pequeña abolladura en la parte izquierda. En su interior, el chico de dieciséis años permanecía parado con la mirada al frente y la respiración cada vez más agitada. Apretaba con las manos el volante haciendo palidecer los nudillos mientras le brotaba sangre de una pequeña brecha cerca del nacimiento del pelo. El chico solo se movió cuando oyó que alguien golpeaba el cristal.

—Chico, ¿estás bien? Tienes que salir del coche e ir al Samur para que te vean esa herida. Deberías estar agradecido de seguir con vida. Tres personas no pueden decir lo mismo.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas, y muy despacio salió del coche sin volver la vista atrás, hasta que oyó la voz del conductor del camión:

—¡Chaval, espero que estés contento de lo que has hecho y que la vida de esas tres personas caiga sobre tu conciencia, porque eres el único culpable de toda esta mierda! ¡Nos veremos en el juicio, hijo de puta!

El chico fue caminando despacio hacia la ambulancia, donde le cosieron la brecha y en la que lo llevaron al hospital para hacerle las pruebas de rigor. Ese día cambió todo para él, pues una palabra siempre lo acompañaría: culpable.

# CAPÍTULO 1



6 de enero de 2013

Correr, correr y correr. Lorena solo podía pensar en huir. Notaba por todo su cuerpo el frío y la lluvia de la calle. Con unas simples mallas, un jersey gris de punto y unos botines negros, corría por la calle, mientras de sus claros ojos no paraban de caer lágrimas. No pensaba en nada más, salvo en desaparecer. La ciudad se encontraba desierta, inormal!,pues todos estarían reunidos con sus familias, viendo las caras de felicidad de las personas queridas al desenvolver los regalos, mientras que ella sufría por sus familiares. Por no poder dar tanto como otras personas. Pero la vida era así. A algunos, la fortuna y la suerte les sonreía, y otros tenían que luchar por el pan de cada día. No podía parar de llorar ni de correr. La larga melena rubia estaba empapada, al igual que el resto de su menudo cuerpo. No dejaba de escuchar su nombre saliendo de la boca de su padre, llamándola, suplicando que se detuviera, pero no lo iba a hacer, no quería ver a nadie durante un tiempo. Quería soledad.

—¡Lorena! ¡Lorena! ¡Para, por favor! —gritaba su padre.

No pensaba hacerlo. Por suerte, tras diez minutos corriendo, logró despistarse. Agotada y terriblemente estresada y preocupada por la mala situación que atravesaba su familia con la crisis que había en el país, decidió sentarse bajo un árbol situado a unos pocos metros de la fuente principal de la ciudad. Una enorme fuente, de cuyo centro sobresalía una columna de base ancha y alta, coronada por una gran estatua. Le encantaba esa fuente; era una preciosidad. Apoyó la espalda en el tronco y

lentamente se deslizó hasta quedar sentada sobre la húmeda hierba. Cansada de todos los whatsapps y llamadas que recibía, apagó el móvil. No sabía qué hacer ni adónde ir para que no la encontraran. Y necesitaba moverse si no quería coger una pulmonía. Se levantó más tranquila mientras se secaba las lágrimas con la manga del jersey. Caminaba sin rumbo, con la mirada fija en el suelo, sumida en sus pensamientos, cuando de repente notó que alguien chocaba con ella, y la hacía caer de culo.

—¡Auuh! —se quejó masajeándose la zona del coxis—. ¡Gilipollas! Podrías ver por dónde andas, ¿no? Levanta un poquito más el paraguas para ver la calle y no tropezar con otras personas.

—¿Perdona? Eras tú la que ibas mirando al suelo y pensando en las musarañas.

Rápidamente, Lorena se levantó y observó mejor al desconocido que había chocado con ella. Mediría algo más de uno ochenta, y era delgado pero fuerte. Tenía unos ojos verdes impresionantes y el pelo moreno a la altura de las orejas. «Joder, no está nada mal..., pero ¿ien qué estoy pensando?!», se recriminó Lorena. Enfadada, se dirigió al culpable de su dolor de culo.

—Gracias por ayudarme a levantarme; muy amable por tu parte.

Lorena se sacudió el trasero para quitarse la suciedad de las mallas y retiró los mechones húmedos que se le pegaban a la cara.

—No suelo ayudar a rubias que van caladas hasta los huesos y son antipáticas como tú.

—¿Yo? ¿Antipática? —dijo vacilante—. ¡No me conoces para juzgarme! —añadió furiosa.

—Lo poco que veo de ti me da una idea de qué clase de chica eres.

—¿Ah, sí? Y dime, ¿qué clase de chica soy? —preguntó con los brazos en jarras y dando un paso hacia él.

—De esas que no miran más allá de su propia nariz, pija, con un montón de amigos que, en realidad no lo son, ya que huyen cuando te encuentras en un mal momento. De esas chicas a quienes les faltan dedos para contar los tíos con los que se han acostado y cuya meta es convertirse en un ángel de Victoria Secret's, porque es incapaz de esforzarse para sacarse un maldito grado medio y ponerse a trabajar.

Roja por la furia, Lorena apretó los puños para intentar contenerse, pero finalmente le atizó al chico tal puñetazo que hizo que acabara sumergido en la fuente. Tras darse cuenta de lo que había hecho, Lorena se llevó las manos a la boca totalmente arrepentida. Clavó su azulada mirada en el paraguas roto que flotaba cerca de la columna de la fuente y, sin poder evitarlo, una pequeña sonrisa apareció en su rostro cuando el desconocido emergió y le clavó una furiosa mirada. Su pelo moreno estaba empapado, al igual que su ropa, lo cual hacía destacar su espectacular cuerpo. Rápidamente, el chico se levantó y salió de la fuente, pero se quedó a varios metros de ella.

—¿Se puede saber por qué me has pegado?! ¿A qué coño ha venido eso?!

Lorena bajó la cabeza avergonzada y para que no descubriera la leve sonrisa..Nada más atizarle el puñetazo, el complejo de culpa la había invadido, pero, al verle calado y con esa expresión enfadada, la situación le resultaba de lo más cómica. Sabía que tenía un mal día, pero se había pasado con el chico, a pesar de que él también se había comportado como un idiota.

—Lo siento, perdóname. He actuado sin pensar y te pido disculpas.

Dejando al desconocido descolocado, dio media vuelta dispuesta a irse de allí cuanto antes. Decidió volver a casa de sus abuelos paternos, donde se encontraban todos, y pedir disculpas por su arrebató, pero alguien la agarró de la muñeca, impidiendo que siguiera su camino. Al darse la vuelta, sus ojos se clavaron en el rostro del chico del puñetazo.

—No me des un puñetazo, me tires a una fuente, te arrepientas, pidas disculpas y creas que me das pena, porque no te vas a ir de rositas —dijo apretándole la muñeca.

Cansada del mal día que llevaba, dejó que la furia la dominara para enfrentarse a él. No estaba de humor para soportar estupideces de un tío, y ese que tenía delante pagaría su enfado. Él se lo había buscado, y así Lorena podría desahogarse.

—No pretendo dar pena a nadie; lo único que quiero es desaparecer, y para eso necesito que me sueltes, así que ya estás aflojando y soltándome, si no quieres acabar con el otro lado de la cara hinchado, ¿entendido?

—Mira, guapita de cara, por lo que veo tienes un mal día y...

—Anda, no me digas. ¿Lo has averiguado tu solito? ¡Guau! Tengo delante de mí al futuro Einstein —interrumpió mofándose de él.

El chico, notando que su enfado aumentaba por momentos, soltó todo el aire que tenía retenido en los pulmones y siguió hablando:

—Si estás teniendo un día de mierda, no lo pagues con los demás. Todo el mundo tiene problemas y, en vez de huir, se enfrenta a ellos.

—Eso es muy fácil decirlo. No tienes ni idea de los problemas a los que me enfrentó día sí, día también. Como te he dicho antes, no me conoces ni sabes la clase de vida que llevo —alegó zafándose de él.

Ambos se miraron un rato en silencio. Lorena se quedó reflexionando unos segundos, vio que se había comportado como una niña de seis años y no de veinte, y conciliadora añadió:

—Mira, te pido disculpas tanto por el puñetazo como por el bañito que te has dado, pero en un día como hoy, cuando supuestamente debería estar reunida con toda la familia, feliz y contenta por la llegada de los Reyes, estoy aquí llorando, empapada y muerta de frío. No es un buen día, Einstein.

—Ya veo. Pero al menos tienes a gente que probablemente esté preocupada por ti y buscándote por toda la ciudad. Yo hace años que no sé qué se siente cuando alguien te quiere o se preocupa por ti.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó curiosa mientras observaba la tristeza de esos ojos fijos en ella.

Calado hasta los huesos, el chico comenzó a notar que las manos y los dedos perdían la sensibilidad y la movilidad a causa del frío. Era hora de irse a casa, pero al ver a esa chica triste e igual de empapada que él, aunque ella por la lluvia, propuso:

—Oye, estoy helado y calado. Si quieres puedes venir a mi casa. Podría ofrecerte ropa seca y una bebida caliente. Y, si quieres, nos contamos nuestras penas. —Sonrió haciendo que dos hoyuelos se le marcaran en las mejillas.

—Espera, espera —alegó Lorena poniendo las palmas de las manos en alto a la altura del pecho—. ¿Me estás diciendo que vas a invitar a tu casa a una desconocida, por la cual estás calado hasta los huesos, que te ha dado

un puñetazo y que, por si fuera poco, te ha roto el paraguas? —preguntó sorprendida sonriendo.

Él, soltando una pequeña carcajada, se frotó las manos y asintió.

—Sí. A pesar de correr el riesgo de que pienses que soy un acosador y decidas hacer tortilla con mis huevos antes de salir corriendo a llamar a la policía. —Ante esa ocurrencia, a Lorena se le escapó una pequeña risa que hizo que el chico se quedara maravillado con su sonido—. ¡Vaya!, pero si la rubia también ríe —exclamó guiñándole un ojo, y añadió tendiéndole la mano—: Por cierto, me llamo Joel.

—Lorena —replicó ella aceptando el apretón de manos.

—Entonces, ¿me acompañas? —preguntó él alzando las cejas.

Ella se quedó un buen rato pensando la respuesta. No sabía qué hacer. Apenas habían pasado unos minutos desde su tropiezo con él y no habían empezado con muy buen pie. Parecía un chico amable, pero las apariencias, a veces, engañan.

—Oye, ¿podrías tomar una decisión antes de convertirnos en las futuras estatuas de la plaza? —dijo Joel haciéndola reír de nuevo ante la mueca graciosa de su cara.

—Está bien, iré. La verdad, es que es un buen sitio para que, de momento, no me encuentren.

—Perfecto. Eso sí, la estancia en mi casa durante unas horas tiene un precio —advirtió sonriendo con picardía.

Lorena dio un paso hacia atrás mirándole entre curiosa y asustada. Esperaba no arrepentirse más tarde de haber ido a su piso, aunque todavía podía rechazar la invitación.

—¿Qué precio?

—Tienes que contarme qué te ha pasado para huir en un día como hoy. Algo gordo ha debido de ser para no estar con tu familia y encontrarte con este aspecto.

—Vale, pero yo también quiero que me expliques qué es eso de que no tienes a gente que te quiera, porque no me lo creo. Siempre hay alguien.

—¡Hecho!

Más calmados ambos, emprendieron la marcha hasta llegar a su destino. A pesar de la inseguridad que sentía Lorena, la idea no le parecía

tan mala, y siempre podía recurrir a su propuesta de hacer tortilla con los huevos de su anfitrión.

\* \* \*

Mientras tanto, en casa de la familia Montenegro, abuelos paternos de Lorena, todos aguardaban sentados y preocupados por el regreso de esta. Comprendían su reacción. Tanto ella como sus padres y su hermano no estaban pasando por un buen momento, y, por culpa de la bocazas de su prima, se había desmoronado y huido. Tenía el teléfono apagado. Era inútil llamarla para intentar localizarla. Su padre, Sebastián, tras echarle una furiosa mirada a su sobrina, salió corriendo tras su hija. Todos, al oír el ruido de la cerradura, rápidamente volvieron la vista hacia la puerta, confiando en que la trajera de vuelta. Pero solo apareció Sebastián, calado y negando con la cabeza. En los ojos se reflejaba tristeza y frialdad.

—¿No la has encontrado? —preguntó Rosa, la madre de Lorena, con el rostro lleno de lágrimas.

—No. Fui corriendo tras ella, pero después de un rato le perdí la pista.

—Esa no tiene adónde ir. Ya aparecerá. Como le gusta ser siempre el centro de atención, monta cada numerito... —dijo Alicia, prima de Lorena y causante de toda la situación, mascando con la boca abierta un chicle de menta y emitiendo un sonido desagradable.

Alicia era una adolescente de dieciséis años, de pelo castaño y ojos oscuros, acostumbrada a conseguir todo lo que quería, siempre a la defensiva y que solía salirse con la suya. Además, era caprichosa, cruel y consentida, y sus padres eran incapaces de decirle no a nada.

—Tú mejor estate calladita, cariño, que ya has hablado bastante —la regañó su madre.

—¡Sí, venga ya!, culpable yo de todo, ¿no? Como siempre —protestó sin apartar la mirada de su iPhone 5 y poniendo mala cara.

—Pues ya me dirás quién ha sido —le soltó su hermano Álvaro mientras se revolvió inquieto su cabello negro como la noche. Un chico

inteligente de veintidós años, que no caía nunca en el juego de su hermana.

—¡Yo solo he dicho la verdad! —se defendió Alicia.

—Lo que has dicho es una gran gilipollez —atacó Álvaro, cansado de las tonterías de su hermana. Sabía que era una bocazas, pero aquello había sobrepasado el límite.

Alicia, consciente de que llevaban razón, pero sin querer reconocerlo, salió del salón y se dirigió al baño llorando y gritando, para finalmente dar un portazo y encerrarse.

Samanta, la madre de Alicia y Álvaro, fue tras ella, harta de las bobadas de su hija.

—Alicia Montenegro Ruiz, ¡sal ahora mismo!

—¡No, dejadme en paz! Siempre estáis contra mí —gritó enfurecida y llorando con fuerza.

—Hija —suspiró Samanta—, eso no es verdad, pero tienes que darte cuenta del error que has cometido, reconocerlo y, por supuesto, disculparte.

Sin obtener respuesta, Samanta, miró a su marido, quien decidido se acercó a la puerta para hablar con su hija.

—Cielo, sal. Te prometo que, si lo haces, te compraré el portátil que quieres para ti sola —alegó Miguel, para quien su hija Alicia, era su niña, su ojito derecho.

Miguel era neurocirujano. Un hombre de apariencia seria, cincuentón, que nunca levantaba la voz. Alto, moreno y con los ojos verdes como Sebastián, su hermano pequeño, siempre se vestía con traje. La vida le había sonreído al ser contratado en el mejor hospital privado de la ciudad. Su mujer, Samanta, también morena pero con los ojos negros, estatura media y complexión delgada, al igual que Alicia, era una abogada de prestigio. Siempre velaba por la justicia y era la más dura con su hija..., aunque no lo suficiente. Álvaro era estudiante de Veterinaria y Alicia, una alumna del mejor instituto privado de la ciudad, pero incapaz de aprobar ni siquiera Educación Física. Sebastián no había corrido la misma suerte que su hermano. Se dedicaba a la fontanería, era autónomo y su sueldo, junto con alguna ayuda económica de los salarios de Lorena, era lo que

permitía que hubiera siempre un plato en la mesa. Gracias a Lorena, podían vivir el día a día. A pesar de la oposición que mostró Sebastián, Lorena consiguió dos trabajos. Uno de niñera los martes y viernes toda la tarde, y otro de camarera en un pub algunos fines de semana, además de compaginar todo esto con su carrera de Dietética y nutrición, que estudiaba gracias a una beca. Rosa, la esposa de Sebastián, había terminado la carrera de Administración y dirección de empresa, pero desde hacía ocho años se encontraba en paro y no le había surgido ninguna oportunidad de trabajo, ni siquiera temporal. Por último, estaba Javier, el hermano pequeño de Lorena. Tenía ocho años y era muy aplicado en los estudios.

—¡Que me dejéis en paz! —seguía gritando Alicia.

—¡Déjala, ya saldrá! —intervino Félix, más conocido como el abuelo Montenegro.

—Félix, tú siempre igual —apostilló de mala manera Nati, la abuela de Lorena.

—Siempre igual no. ¿Es que no os dais cuenta de que siempre tiene esa actitud y le conce-déis todos los caprichos? Así nunca cambiará.

—Yo sí me doy cuenta, abuelo, pero, aquí —señaló Álvaro a su progenitor—, mi querido padre parece ser que no.

Miguel se giró hacia ellos intentando disculpar a su hija.

—Es pequeña y aún no diferencia lo que está bien de lo que está mal —se defendió Miguel en tono suave. Para él, Alicia nunca crecería.

—No, papá, con dieciséis años ya no es pequeña y debería saber cuándo cerrar la boca.

—Álvaro, basta ya, por favor —pidió su madre.

—¿Podéis dejar de discutir entre vosotros? —terció alzando la voz Rosa, que no paraba de llorar mientras su marido intentaba calmarla—. Mi hija está ahí fuera, sola y sin nada de abrigo, y en vez de proponer soluciones estáis hablando de algo que podéis resolver más tarde entre vosotros. ¿Podemos preocuparnos de Lorena en lugar de discutir la mala actitud de Alicia?

Todos callaron y comenzaron a pensar dónde podría encontrarse Lorena. Pero era lista y esos lugares en que todos pensaban serían los

últimos sitios a los que ella iría.

—¿Y si llamamos a la policía para que la busquen? —propuso Álvaro.

—La policía no hará nada. Si pasadas veinticuatro horas siguiera sin aparecer, se iniciaría una búsqueda —contestó Samanta.

—Vosotras quedaos aquí. Sebastián, Álvaro y yo iremos a buscarla. Esta ciudad es muy pequeña y, si vamos por separado, entre los tres la encontraremos —aseguró tranquilizador Miguel.

Y, tras coger abrigos y paraguas, iniciaron la búsqueda de Lorena.

—Lorena, ¿dónde estás? Por Dios, que no te haya pasado nada... —pidió llorando Rosa.

—Tranquila, mamá —dijo Javier abrazándola—. La tata nos quiere y volverá.

—Eso espero, cariño —replicó acariciándole la mejilla a su hijo—, eso espero.

## CAPÍTULO 2



Como una sopa y muertos de frío, Lorena y Joel llegaron al domicilio de este, que, por suerte, estaba solo a dos minutos de donde se encontraban. El piso era normalito, con tres habitaciones, cocina, dos baños y el salón. Además, en una de las habitaciones, había una gran terraza desde la que se contemplaban unas espectaculares vistas de la zona céntrica de la ciudad. Joel clavó sin disimulo su mirada en la intrusa que le acompañaba. Alta —mediría un metro setenta—, de pelo rubio y calado que le llegaba a media espalda, tenía unos ojos azul grisáceos impresionantes. Era delgada, pero los pechos eran generosos. Una belleza.

—Si sigues mirándome así me vas a desgastar —dijo sonriéndole. Tenía una sonrisa preciosa.

—Perdona —se disculpó bajando la mirada antes de fijarla de nuevo en los ojos de ella—. Me he quedado absorto en mis pensamientos.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Espera aquí, enseguida vuelvo.

Joel fue a su habitación y rápidamente se cambió, pero antes de salir cogió una camiseta blanca y unos pantalones de chándal para ella. Abrió la puerta para reunirse con Lorena y la vio contemplando las fotografías del mueble de la entrada.

—Esto..., el pantalón te estará un poco grande, pero tiene goma, así que te lo puedes ajustar, y la camiseta te quedará como un vestido.

Joel no pudo evitar imaginarse a Lorena vestida solo con su camiseta, dejando sus perfectas piernas al aire y paseando delante de él. Pero se obligó a abandonar esos pensamientos o su virilidad le delataría.

—Gracias —dijo ella cogiendo la ropa y, volviéndose hacia las fotos, preguntó—: ¿Son tus padres?

—Sí. Mis padres y mi hermano pequeño.

—Tu hermano y tú tenéis los mismos ojos —comentó sonriendo y acariciando la foto por encima del cristal del marco—. ¿Y cómo es que un día como hoy no estás con ellos?

—Ellos... murieron hace casi seis años en un accidente de coche.

—Vaya... —suspiró—, lo siento mucho. Debió de ser horrible.

—Sí, lo fue. Vivíamos los cuatro solos en esta casa. —Se detuvo y tragó saliva. Le resultaba duro recordar—. Mis abuelos maternos repudiaron a mi madre por casarse con un simple obrero, que era como llamaban ellos a mi padre, y no quisieron saber nada más de ella. Creo que ni siquiera están al tanto de que tienen un nieto. Mis abuelos paternos murieron antes de que yo naciera. Mis padres eran hijos únicos, así que en ese accidente perdí a todas las personas que me querían. —Finalizó su pequeño relato con la voz rota.

—La verdad es que me has dejado descolocada —dijo ella rascándose la nuca—. Pero soy de las que creen que una persona nunca está sola. Hay amigos a quienes, sin ser de tu misma sangre, los consideras tus propios hermanos. Alguno tendrás de esos, ¿no?

Al pensar Joel en el loco de su colega Leo, sonrió. A veces era un poco cabroncete, pero quienes le conocían sabían que no podría existir mejor amigo que él.

—Sí. Cuando murieron mis padres, yo tenía dieciséis años. Los Servicios Sociales se hicieron cargo de mí. En el orfanato conocí a Leo; tenemos la misma edad. Desde entonces, somos inseparables. Está muy loco, pero es un gran tío.

—¿Ves? Ya te he dicho que siempre hay alguien que se preocupará por ti y te querrá.

—Huy, pues... no sé cómo reaccionaré si Leo me dice que me quiere. Le romperé el corazón. Lo siento, pero... me van las tías —se mofó haciendo que Lorena soltara una carcajada mientras le daba un suave golpe en la parte superior del brazo izquierdo.

—Pero qué idiota eres, Einstein —dijo con una sonrisa y negando con la cabeza.

Fueron a la cocina, y Joel sacó la cafetera, leche y un bote de azúcar. Giró la cabeza para mirar a Lorena, que estaba apoyada en la mesa observando sus movimientos.

—¿Qué quieres beber? ¿Un café? Tengo Cola Cao si lo prefieres.

—Mejor un café con leche, gracias.

—Al final del pasillo hay una pequeña habitación. Puedes cambiarte ahí si quieres mientras el café se hace —le indicó.

Lorena le dio de nuevo las gracias y se metió en la habitación, cerrando la puerta mientras Joel continuaba preparando los cafés en la cocina. Aunque su cabeza no paraba de imaginarse a la chica que estaba en la habitación. Quitándose la ropa empapada que se le ceñía al cuerpo. No pudo evitar imaginarla con un sencillo conjunto de lencería blanco, mojado, mostrando los pechos y los pezones erguidos por el frío. Se imaginaba entrando en la habitación, dándole la vuelta y apoderándose de esa boca que invitaba a ser besada. Repasarle con la lengua esos sedosos y cálidos labios mientras las manos vagaban por cada centímetro de su cuerpo, impregnándose de su sabor, cogiéndola para tumbarla en la cama y..., ¡basta ya!, se recriminó bajando la mirada. Ahí estaba: una erección como una catedral. Al oír la puerta de la habitación abrirse, sin pensarlo, corrió hacia el congelador para coger una bolsa de hielo. La colocó sobre la erección y esta fue disminuyendo al contacto con el frío.

—¿Qué haces? —oyó a su espalda.

Rápidamente se dio la vuelta y tiró la bolsa de hielo a un lado de la cocina.

—Es..., es que..., al caer a la fuente me he dado un golpe en la zona de la ingle y me dolía bastante ahora.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —preguntó Lorena con las mejillas sonrojadas.

—No, no te preocupes, saldrá un moratón, pero desaparecerá.

—Está bien. Si te sale moratón, date Thrombocid. Te ayudará —recomendó ella intentando ocultar su vergüenza ante la situación.

Joel asintió con la cabeza y sirvió los cafés. Se acercó a ella ofreciéndole una de las tazas. Lorena le sonrió a modo de agradecimiento.

—Cuando quieras... —dijo Joel tras apoyarse en la encimera.

—¿Cuando quiera qué? —preguntó Lorena sin entender, apenas después de haber dado un sorbo al café.

—Tu historia. ¿Qué haces un día como hoy llorando, calada y muerta de frío? Hoy tendrías que estar con tu familia, feliz por compartir un momento tan mágico junto a ellos.

Lorena suspiró y comenzó a relatarle lo sucedido solo unas horas antes en casa de sus abuelos, al tiempo que golpeaba de manera inconsciente la taza con las uñas.

—Mi familia y yo llevamos un tiempo con problemas económicos. Tenemos para comer, para la luz, el agua y esas cosas, gracias a Dios, pero para comprar los regalos hemos tenido que reducir mucho el presupuesto. Mi padre, unos calcetines, mi madre, una cartera, mi hermano, un helicóptero de diez euros, y yo me he regalado una pulsera. Tras abrir los regalos en casa, vamos al piso de mis abuelos paternos donde intercambiamos los regalos con nuestros primos. —Se rascó la frente—. Como ya te he dicho, no estamos bien económicamente y lo único que les hemos regalado nosotros son diez euros a cada uno, y ellos a mi hermano un juego para la Nintendo y a mí unos pendientes. Mi primo ha dicho que no había necesidad de darle nada, mientras que mi prima, Alicia, ha puesto cara de asco y se ha despachado con un «Seréis pobres, pero en Reyes os podíais estirar un poquito con los regalos, que los vuestros han costado en total cien euros. Sois unos malditos egoístas». He visto como mis padres bajaban la cabeza avergonzados y humillados. No he podido soportarlo. Sé la actitud de niña manipuladora y consentida que tiene, por lo que no me he callado, y en ese momento le he replicado que la única egoísta era ella por no darse cuenta de la situación. Se ha puesto en plan chulito y me ha contestado: «Al menos yo tengo dinero para hacer lo que quiera y no ser una doña nadie como tú, que en unos años probablemente estará durmiendo con las ratas en una alcantarilla gracias a los fracasados de sus padres». Con ese comentario ha acabado con la poca paciencia que me quedaba y no he dudado en darle una hostia. He visto la cara de mis

abuelos, de mis tíos, de mi primo y de mis padres. Nunca había reaccionado así y me he agobiado ante esas miradas, por lo que he salido corriendo sin nada encima, tal como me has encontrado. —Al ver cómo la miraba Joel, añadió—: Sí, ya sé que he sido cobarde e infantil, pero en ese momento me he bloqueado. Lo peor de todo es que, cuando vuelva a casa, Alicia estará sollozando y seré yo la que se tendrá que disculpar por haberla hecho llorar. Sé que me he descontrolado, como cuando te he dado el puñetazo —remató haciendo que Joel levantara la comisura de los labios en una medio sonrisa—, pero no me arrepiento de haberle dado esa hostia con la que ha acabado en el suelo. Se la merecía desde hace años. Sin embargo, sí me arrepiento de haber huido.

Ambos se quedaron en silencio un buen rato sin saber qué decir. Lorena le había dejado sin palabras. ¿Cómo es posible que haya gente tan imbécil en este mundo como su prima? Joel se dio cuenta de que iban a aparecer de nuevo las lágrimas en sus ojos y antes de que asomaran fue a decirle algo para tranquilizarla, pero unos golpes y gritos les alarmaron antes de que pudiera hacerlo.

—¡Policía! Abra la puerta o la tiro abajo.

Paralizados, se miraron.

## CAPÍTULO 3



«Policía», esa palabra resonaba imperiosamente en la cabeza de Lorena. Joel y ella se seguían mirando desconcertados: ¿qué hacía allí la policía? ¿Cómo la habrían encontrado? Y, si el motivo no era ella..., ¿quién era el chico con quien estaba a solas en su casa? Lorena estaba asustada. Muy asustada. La respiración eran cada vez más agitada. Llevándose una mano al pecho, Lorena pudo notar el pulso acelerado y el corazón a punto de estallar. Ambos estaban paralizados, no sabían qué hacer. Su mente comenzó a funcionar a mil por hora barajando distintas opciones para marcharse de allí ¿Huir por la ventana?: ¡ni hablar!, era un quinto piso. ¿Esconderse?: ¿para qué?; cuando la policía entrase registrarían todo. ¿Hablar con los agentes?: se mostraban muy agresivos por la forma en que golpeaban insistentemente la puerta. No la dejarían hablar. Lorena no paraba de pensar y darle vueltas a la cabeza cuando la voz de Joel la sobresaltó.

—¿Has llamado a la policía? ¿Por qué? —preguntó entre preocupado y sorprendido.

—Yo no he llamado a nadie... Pero, vamos a ver —respondió Lorena poniéndose ante él—, ¿para qué coño voy a llamar a la policía si lo que quería era desaparecer unas horas? ¿Eres tonto, Einstein? —remató nerviosa llevándose dos dedos a la frente para darse unos golpecitos—. Además, he estado todo el rato a tu lado. ¿Me quieres decir cuándo he podido llamar?

—¡Quizá cuando te fuiste a cambiar a la habitación! Estabas sola y el móvil al lado, ¡una oportunidad perfecta! ¿Por qué lo has hecho? —bramó

golpeando la encimera con el puño antes de pasarse desesperado las manos por el pelo—. Joder, te juro que no soy ni delincuente ni violador ni nada. ¡Soy un tío legal!

—¡Y dale! Que yo no he llamado a nadie. ¿Te ha quedado claro o te lo repito en ruso? —zanjó Lorena poniendo los brazos en jarras.

Joel comenzó a andar nervioso por la cocina y se puso a fregar las tazas en las que habían bebido café, intentando distraerse de los constantes golpes que estaban dando en la puerta de su casa.

—Está bien, de acuerdo, perdona, pero es que me he puesto muy nervioso y...

No pudo acabar la frase: los gritos de uno de los policías no cesaban. Aporreaban la puerta con fuerza, tanta que no tardarían en tirarla abajo.

—¡Si en diez segundos no abre la puerta, me veré obligado a derribarla!

Lorena estaba paralizada. Sin decir nada, Joel la agarró de la muñeca y tiró de ella para llevarla a la habitación donde se había cambiado antes. Una habitación de paredes blancas, con una cama pequeña y al lado un armario de tonos azules. Desde esa habitación se podía acceder a una gran terraza, con vistas a la zona más popular de la ciudad. Para que entrara un poco más de luz, Joel subió la persiana, retrasando de paso el momento de enfrentarse a la autoridad. Estaba nervioso por lo que pudiera ocurrir.

—Quédate aquí y no hagas ruido. Iré a abrir —le pidió Joel sin poder ocultar su agitación.

A toda prisa, Joel salió de la habitación y se dirigió a la entrada. Tenía el pulso acelerado y notaba que le sudaban las manos. Mientras caminaba hacia la puerta, sintió que le temblaban las piernas. Puso una mano sobre el pomo, cerró los ojos e inspiró profundamente antes de abrir la puerta con decisión. Al ver la imagen que se mostraba ante él, no pudo menos que abrir la boca y poner los ojos como platos.

—Cierre la boca, que le van a entrar moscas, capullo —se mofó Leo, el supuesto policía—. Queda detenido por no haberme invitado hoy a un desayuno decente. ¿Y me quieres decir por qué cojones has tardado tanto en abrir? No me jodas, iseguías sobando a estas horas!

A Joel, con la furia en la mirada, le faltó tiempo para insultar a su amigo mientras le propinaba un puñetazo en el estómago.

—¡Eres un maldito cabronazo! ¿Se puede saber por qué has dicho que eras la jodida policía? Joder, tío, no veas el susto que me has dado.

Leo, sin poder evitarlo, soltó una carcajada que intentó disimular con una tos al ver el gesto de su amigo. Sin perder la sonrisa, le rodeó los hombros con el brazo y lo condujo hasta el salón.

—Tío, que solo ha sido una broma... ¡Qué poco sentido del humor!

—¡No ha tenido ni puta gracia! —Volvió a golpearlo.

Leo iba a contestar cuando oyó el sonido de una puerta que se abría muy despacio. Ambos amigos se giraron para ver por el resquicio medio rostro de una sonrojada Lorena. Había permanecido todo el rato en la habitación y no pudo evitar escuchar la pequeña discusión entre Joel y el que supuso que era su amigo. Nerviosa, se mordió el labio inferior y salió de la habitación para reunirse con ellos sin dejar de advertir cómo el rubio que estaba junto a Joel la desnudaba con la mirada. Al llegar a su lado, Leo la escaneó con más detenimiento de arriba abajo sin cortarse lo más mínimo, haciendo que Lorena lo fulminara con la mirada. ¡Odiaba a los tíos que hacían eso!

—¡Guau! —exclamó Leo—, sí que estabas ocupado, pillín. Si lo sé, vengo más tarde. Ahora entiendo por qué no me pensabas invitar a desayunar. Querías el desayuno para ti solito —se guaseó Leo guiñando un ojo a Lorena.

Joel le lanzó una mirada furiosa a su amigo, que seguía comiéndose con ojos anhelantes a Lorena, y acercándose a ella les presentó.

—Leo, te presento a Lorena, es..., es...

—Una pobre chica con la que se ha encontrado en el camino y a la que ha ayudado, pero con muy mal carácter... —advirtió Lorena—, y tu querido amigo Joel ya lo ha comprobado por sí mismo. Así que deja de mirarme las tetas. Tengo los ojos aquí. —Y se los señaló con los dedos índice y corazón formando una uve con ellos.

—No lo habría dicho mejor —corroboró Joel.

—Ya, ¿y te crees que yo nací ayer? ¡Tú te la has desayunado! —se mofó—. Venga, tío, que lleva tu ropa. A mí no me engañas.

—Oye, cree lo que te dé la gana.

—Bueno, bueno, pues encantado, Lorena. Yo soy Leo, el apuesto caballero que llevas esperando toda la vida —dijo Leo, y le besó la mano.

Lorena suspiró y negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco antes de fijarse en él. Leo era alto, guapo, rubio y con ojos azules. Se notaba a la legua que tenía buen sentido del humor. Y Lorena habría puesto la mano en el fuego a que era un donjuán, pero, además, veía en él a un chaval cuya amistad siempre perduraría.

—¿Quieres dejar de ligar? —pidió Joel empujándolo para que guardara las distancias con Lorena.

—Perdona a este idiota, es que es muy celosito —bromeó Leo.

Lorena no pudo evitar sonreír, pero no dijo nada.

—Pues, si no es lo que pienso, ¿qué hacéis los dos aquí solos?

—Ya te lo he dicho: me crucé en su camino muerta de frío y calada y me ofreció su ayuda. Nada más —aclaró rotunda Lorena.

—Tío, ime gusta esta chica!

—¿Y cuál no te gusta a ti? —ironizó Joel alzando las cejas.

—Me gusta como amiga, no para tirármela. Mira que eres malpensado...

Los tres sonrieron y se dirigieron al salón, donde siguieron conversando y riendo. Mientras hablaban, Lorena les contó que trabajaba como camarera algunos fines de semana en el pub Museum, y Leo le prometió que irían a hacerle una visita. No había nada mejor que unos chupitos gratis. A las cuatro de la tarde, tras haber pasado un rato divertido con Joel y Leo, Lorena decidió ponerse de nuevo su ropa y volver a casa. Estaba mucho más calmada y debía dar explicaciones. Se vistió sin prisa contemplando cada centímetro de aquella pequeña habitación mientras pensaba qué iba a decir cuando regresara a casa de sus abuelos. Se sentía un tanto avergonzada por haber reaccionado como una niña inmadura, pero en ese momento se había bloqueado tanto que actuó sin pararse a pensar. ¡Eso mismo les diría! Cuando terminó de cambiarse, salió con la ropa de Joel en las manos y se la entregó.

—Gracias por todo, te debo una.

—De nada. Ha sido un placer. Además, gracias a ti he vuelto a disfrutar del día de Reyes por primera vez después de seis años.

—Bueno, Leo también ha colaborado..., y bastante —rió Lorena al recordar a Leo mostrando todas sus dotes de «bailarín». Solo de ver cómo le había cantado *Sex Bomb* poniendo voz grave y sensual, o al menos intentándolo, mientras deslizaba sensualmente las manos por su pecho... ¡Menudo espectáculo!—. Se nota que es un amigo de verdad. De los que estarán a tu lado toda la vida.

—Sí —suspiró Joel—. Es el mejor amigo que puedo tener. —Lorena asintió y al ver que no decía nada ni se movía, Joel añadió—: Me gustaría volver a verte. He estado muy a gusto contigo.

—Yo también. Y creo recordar que me habéis prometido hacerme una visita al pub. Espero que seáis unos chicos de palabra —dijo guiñándole un ojo—. Además, Leo se ha vuelto loco cuando he dicho que os invitaría a una copa.

—¡Por supuesto!, Leo es un gorrón. Cualquier oportunidad que se le ponga a tiro la aprovecha. ¿Vas a casa?

—Sí. Me esperan unas largas horas ofreciendo explicaciones.

Lorena se dio la vuelta para irse, pero la voz de Joel la detuvo al llamarla:

—¡Lorena! No le pidas disculpas a tu prima. No se las merece. Es ella quien debe disculparse contigo. Que no te dé pena, porque, por lo que me has contado, no cambiará hasta..., ¡a saber! Estate tranquila. mantente firme y... ¡Espera!, quédate aquí, enseguida vuelvo. —Joel, tras revolver en varios cajones, cogió papel y boli y anotó algo. Luego lo dobló y se lo entregó a Lorena—. Este es mi número. Si me necesitas, no lo dudes y llámame, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! Gracias, Joel, por todo.

Lorena salió del piso y comenzó a caminar hasta la vivienda de sus abuelos paternos. Tras un largo paseo en el que no había dejado de pensar qué palabras usar, llegó al portal de la casa. Tranquila y preparada para el interrogatorio. O eso creía. Lorena se paró ante el portal de la casa donde se encontraban sus familiares. Parecía que los pies se le habían clavado al suelo. Un miedo la sacudió al introducir la llave en la cerradura. No se veía

capaz de subir. ¿Qué diría? ¿Qué haría? ¿Qué pasaría en cuanto entrase por la puerta? Sacó la llave de la cerradura y se dispuso a dar otra vuelta larga, pero, antes de dar dos pasos, las palabras de Joel le vinieron a la cabeza: «Enfréntate a los problemas». Decidida, volvió al portal y entró. Quería llegar cuanto antes, así que empezó a subir las escaleras de dos en dos hasta llegar al segundo piso, y en unos pocos segundos se encontró ante la puerta de entrada, tras la que sus familiares la estarían esperando. Después de tomar una buena bocanada de aire, Lorena abrió y accedió a la vivienda. Iba caminando por el largo pasillo hacia el salón cuando vio a su hermano asomarse. Al verla, corrió hacia ella.

—¡Lorena! —exclamó Javier.

Lorena, de nuevo con las lágrimas en los ojos, se agachó y ambos hermanos se abrazaron. Tras su hermano, su madre, sus abuelos y su tía se acercaron a abrazarla. Alicia, en cambio, se quedó mirándola con su habitual cara de asco. Después de los abrazos y de contestar mil veces a la pregunta de si estaba bien, se dirigieron al salón para hablar con más calma. Cuando todos estaban sentados, Lorena se dio cuenta de la ausencia de tres personas.

—¿Dónde están Miguel, Álvaro y papá?

—Han salido a buscarte y llevan más de cuatro horas fuera —contestó su madre mientras se secaba las lágrimas—. Voy a llamarlos para decirles que ya has vuelto.

Lorena asintió con la cabeza y fijó la vista en cada uno de sus familiares, que la miraban esperando una buena explicación.

—Prometo contestar a todas vuestras preguntas, pero cuando estemos todos, porque solo voy a dar explicaciones una vez, ¿entendido? —aclaró Lorena transmitiendo seguridad.

Todos asintieron, pues no querían presionarla. Mientras esperaban el regreso de las tres personas que no estaban presentes, Lorena se dio cuenta de que su prima Alicia le lanzaba miradas asesinas. «Si las miradas matasen, hace un buen rato que estaría muerta», pensó. Pero al menos tenía clara una cosa: nunca más esa niñata consentida que por desgracia era su prima la iba a volver a intimidar, y por supuesto, no le pediría disculpas por la contusión que le había causado en el lado izquierdo de la

cara. Diez minutos después, Sebastián, Álvaro y Miguel llegaron a la estancia. Sebastián, fue rápidamente hacia su hija para abrazarla, y esta rompió a llorar. Cuando la calma volvió al salón y Lorena se encontró ya más tranquila, procedió a disculparse por la huida y a dar las esperadas explicaciones.

—Siento mucho haber desaparecido durante tanto tiempo, pero necesitaba estar sola —comenzó Lorena, que se encontraba sentada en el sillón entre sus padres. Javier estaba en la alfombra, sus abuelos y su tía Samanta junto con Alicia, en el otro sofá, y Miguel y Álvaro, apoyados en la mesa del comedor.

—Pero ¿dónde has ido, cielo? Hemos estado horas buscándote sin éxito —preguntó Sebastián retirándole un mechón rubio tras la oreja.

—En todas partes y en ninguna. He estado paseando todo el tiempo y reflexionando hasta que he reunido el suficiente valor para volver y hablar con vosotros. Necesitaba relajarme un poco —mintió Lorena.

No iba a contar a su familia que había ido a casa de un desconocido, por cierto guapísimo, que la había ayudado. Su madre se pondría histérica y no pararía de decirle que cómo se le había ocurrido, que ese chico podría haber sido un violador o algo peor, un miembro de la mafia, y su padre le pediría la dirección para confirmar las sospechas de su madre, y para rematar su tía le pondría una demanda por intento de abuso. Ya les podía asegurar que había sido muy amable, que, nada, ellos se empeñarían en que Joel había intentado forzarla. Su familia se escandalizaba con ciertas cosas.

—Pero si estás completamente seca y solo hace una hora que ha dejado de llover..., ¿cómo explicas eso? —quiso saber Álvaro.

Lorena no entendía cómo podía estar estudiando Veterinaria: a detective no lo ganaba nadie.

—Que sepas que hay soportales, que son unos lugares cubiertos donde puedes refugiarte de la lluvia para no calarte —vaciló Lorena.

Lorena y Álvaro siempre habían estado juntos. Desde pequeños habían sido inseparables. Solo se llevaban dos años y fueron los primeros niños de la familia en mucho tiempo. Les encantaba vacilar entre sí, pero se adoraban. Ambos estaban cuando se necesitaban y Álvaro protegía

muchísimo a su prima. Gracias a él, Lorena había evitado muchos disgustos.

—¿Qué has comido? ¿Dónde? ¿Cómo lo has pagado? ¿Pero llevabas dinero? —comenzó imparable de nuevo su madre a interrogarla.

—Rosa, deja a Lorena respirar, no la atosigues con tantas preguntas — recomendó Samanta a su cuñada.

—Tranquila, mamá. No he comido, porque no llevaba nada encima, salvo el móvil. Además, tampoco tengo hambre. Con todo esto que ha pasado, he perdido el apetito.

—Pero ¿por qué has apagado el móvil? —preguntó a su vez Miguel.

—Porque no quería que nadie me molestase ni me localizara. Os voy a dejar las cosas claras a todos y espero que lo entendáis a la primera, porque quiero olvidar este desagradable asunto.

Lorena se puso en pie e hizo que todos se sentasen. A continuación, se dirigió a donde estaba su prima, que no había dejado el móvil ni un segundo desde su llegada, y se lo arrebató de las manos. A pesar de las protestas de Alicia, Lorena amenazó con meterlo en un vaso de agua si no la escuchaba, ya que toda esta situación la había provocado ella. Ante este gesto por parte de Lorena, Miguel fue a protestar, pero una mirada de su mujer y su hijo lo hicieron callar: Lorena había hecho lo correcto. Tras tomar aire, se dispuso a aclarar las cosas de una vez por todas:

—Siento mucho haberme ido de esa manera, pero ya está hecho y no se puede cambiar. Me arrepiento y me disculpo por lo que habéis pasado por mi culpa. Necesitaba estar sola y la huida me ha parecido la salida más fácil, pero no ha sido la más acertada. Aunque he de añadir que la principal culpable ha sido la bocazas de mi querida primita, que no tiene ni idea de lo que es estar en una situación difícil —y dirigiéndose a sus tíos, Lorena continuó—: Si queréis que cambie de actitud, no le debéis consentir tantas cosas y tendréis que aprender a decirle «¡no!» alguna vez. En lo que lleva de curso, ¿cuántos exámenes ha aprobado?: ninguno. ¿Habéis tomado alguna medida para corregir este problema?: no. Necesita mano dura y el único que intenta hacer lo propio con ella y educarla un poco es Álvaro, pero con la excusa de que es «pequeña» —hizo el gesto de las comillas con los dedos— no dejáis que su hermano haga lo correcto.

Con dieciséis años ya no es una cría y debe comenzar a madurar, pero vosotros lo impedís consintiéndoselo todo. Y lo más importante: no me voy a disculpar por la bofetada que le he dado porque es el principio de su, espero, endurecimiento para que en un futuro se enfrente a los problemas, ya que igual más adelante no tiene las mismas comodidades que ahora. Debe entender lo dura que puede llegar a ser en ocasiones la vida. Ahora a Alicia le va todo de maravilla, pero ¿quién le dice que su existencia no puede dar una vuelta de ciento ochenta grados y que acabe viviendo en albergues de acogida y poniéndose ropa que done la gente? Espero que estas palabras os hagan reflexionar un poquito sobre el carácter de vuestra hija.

Descolocados tras las duras pero sinceras palabras de Lorena, fue Álvaro el primero en hablar.

—¡Amén, prima!

Con una media sonrisa, Lorena miró de forma vacilante a su prima y le mostró una media sonrisa. En su reflejo podía verse el triunfo. Se había acabado su buena relación con ella. Se comportaría como una zorra cuando ella le tocara las narices. Su juego había acabado. Tras abandonar el salón para dirigirse a la cocina, Lorena quiso llamar a Joel y contarle cómo se había enfrentado a la idiota de su prima. Pero quizá no fuera buena idea telefonearle... ¿O sí?